

recompensas, conminando con eficaces penas al crimen, y calculando el grado de energía o suavidad de los medios coercitivos que emplea con relación al estado de barbarie o cultura de la sociedad. El arte de gobernar, y, en términos generales, toda ciencia aplicada a la mejora de la sociedad o del individuo, la educación, en fin, es una suave violencia que la razón hace a la naturaleza.

Lo mismo sucede, y lógico es que así sea, en la república literaria, en la esfera del arte de hablar y de la crítica gramatical, aun cuando aquí la razón no se acompañe de la fuerza ni las decisiones del buen gusto cuenten con otra sanción que con el aplauso y la censura que distribuye la opinión ilustrada. Gramáticos y escritores no rompen en lucha abierta con el uso, y aun se ven obligados a contemporar con muchas de sus exigencias; mas todavía ejercen sobre él indisputable autoridad, lo dirigen, lo depuran, acumulando y embelleciendo la lengua.

Herbert Spencer, contradiciendo no sin risa burlona, los elogios que otro célebre escritor inglés, Mr. Arnold, tributó a la institución latina de Academias de la lengua, pregunta cómo se explica que la Academia Francesa no haya sistematizado los